

## «Los de don Santiago» y otras tres razones, al menos, por las que hablo todos los cursos en clase de Santiago Hernández

Víctor Juan

Se han pasado más de treinta años desde que descubrí a Santiago Hernández Ruiz. Primero fue para mí el maestro de Paniza. Conocí a este singular maestro en las páginas de la prensa del magisterio aragonés del primer tercio del siglo XX, en las que Hernández Ruiz publicaba sus artículos con una periodicidad casi semanal en algunas épocas. Su firma aparecía en *La Asociación* de Teruel, en *El Magisterio de Aragón* y en *La Educación*, ambas editadas en Zaragoza y, después, en *El Magisterio Español*, un semanario nacional que él mismo contribuyó a fundar. Me sorprendió que el maestro que regentaba una pequeña escuela de la provincia de Zaragoza conociera las teorías de pedagogos europeos, que replicara en el aula los experimentos de esos investigadores y que publicara sus resultados en la prensa pedagógica, defendiendo que aquellos médicos y psicólogos se equivocaban en sus conclusiones.

Me ocupé de Santiago Hernández en mi tesis doctoral, dedicada a los maestros aragoneses del primer tercio del siglo XX. Luego tuve el privilegio de ser el editor de *Una vida española del siglo XX*, las memorias de don Santiago, que publicó el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Zaragoza y, con motivo del centenario del nacimiento de Santiago Hernández, coordiné con el profesor Alejandro Tiana la edición de *Santiago Hernández Ruiz (1901- 1988) y la educación de su tiempo. Miradas desde un centenario*, un libro editado por el centro de la UNED de Calatayud en el que algunos especialistas en Historia de la Educación de varias universidades españolas reflexionaban sobre la educación en la época de Hernández Ruiz.

Como me he ocupado de la vida y de la obra de Santiago Hernández en varias ocasiones, voy a limitarme a copiar aquí la sucinta biografía que escribí para la Academia de la Historia y que puede consultarse en su página web. Liberado de la obligación de escribir una biografía de este maestro, me ocuparé en este trabajo de algunas cuestiones

concretas por las que Santiago Hernández está presente en mis clases en la Facultad de Ciencias Humanas y de la educación de la Universidad de Zaragoza.

Hernández Ruiz, Santiago. Atea (Zaragoza), 1.V.1901 – Valderrobres (Teruel), 7.IV.1988. Pedagogo y escritor.

Maestro de primera enseñanza e inspector de escuelas, fue además un activo publicista y escritor, colaborador habitual en la prensa local. Ganó el Premio Nacional de Literatura en 1928 y fue presidente de la Asociación Nacional del Magisterio. Junto con Domingo Tirado Benedí redactó un buen número de voces del *Diccionario de Pedagogía* (Editorial Labor, 1936), dirigido por Luis Sánchez Sarto. Antes de trasladarse a Madrid, fue durante cinco años maestro en Paniza (Zaragoza). En Madrid fue director del Grupo Escolar Tirso de Molina.

Posteriormente, obtuvo plaza de inspector en Teruel, donde le sorprendió el inicio de la Guerra Civil. En 1938 fue nombrado secretario general del Ministerio de Instrucción Pública y ya en enero de 1939 salió de Barcelona con destino a Francia, al frente de una colonia escolar. Pocos meses después se embarcó rumbo a México donde trabajó en el Colegio Madrid. En 1956 se incorporó como experto itinerante al Proyecto Principal de la Unesco, que dirigió José Blat Gimeno.

Se jubiló siendo profesor de la Universidad Autónoma Nacional de México. Recibió varios homenajes y condecoraciones como la Cruz de Alfonso X el Sabio y varias calles y centros docentes en Paniza (Zaragoza), Valderrobres (Teruel) y Zaragoza llevan su nombre.

Obras de Santiago Hernández Ruiz: *Letras españolas*, Madrid, Yagües Editor, 1931; con C. S. Aguilar, *La legislación de Primera enseñanza de la República*, Madrid, Tipografía Yagües, 1934; *Cooperativas Escolares*, Madrid, Aguilar, 1935; *El Maestro*, Barcelona, Salvatella, 1936; *Disciplina escolar*, Barcelona, Salvatella, 1936; con D. Tirado Benedí, *La ciencia de la Educación*, México, DF, Atlante, 1940 (eds. México, DF, Herrero Editorial, 1953 y 1958); *et al.*, *Metodología General de la Enseñanza*, México, 1949; *et al.*, *Organización Escolar*, México, 1954, *La clase*, México, 1955; *La escuela y el medio*, México, 1958 (2.ª ed.); *Antología pedagógica de Platón*, México, 1958 (2.ª ed.); *Pedagogía natural*, México, UTEHA, 1960; *Psicopedagogía dos intereses*, São Paulo, Cía. Editora Nacional, 1960; *Disciplina escolar*, México, Fernández, 1967; *Antología pedagógica de Platón*, México, Fernández, 1969; *Antología pedagógica de Aristóteles*, México, Fernández, 1969; *Antología pedagógica de Quintiliano*, México, Fernández, 1969; *La escuela completa de maestro único*, México, Fernández, 1972; *Manual de Didáctica General*, México, Fernández, 1972; *Fracasos escolares*, Madrid, Escuela Española, 1982; *El correr de los siglos. Una historia total de hombre*, México, Fernández,

1985, 2 ts.; *Una vida española del siglo XX. Memorias*, intr. y ed. de V. M. Juan Borroy, Zaragoza, Instituto de Ciencias de la Educación, Gran Enciclopedia Aragonesa, 1997.

Bibl.: A. Covarrubias, *Proyecciones de la pasión de enseñar*, Santiago de Chile, Almendros Orbe, 1975; VV. AA., «Hernández Ruiz, Santiago», en *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Zaragoza, Unali, 1984-1987, págs. 1662-1663; S. Hernández Ruiz, *Una vida española del siglo XX. Memorias*, op. cit.; A. Tiana Ferrer y V. M. Juan Borroy, *Santiago Hernández Ruiz (1901- 1988) y la educación de su tiempo. Miradas desde un centenario*, Zaragoza, Diputación Provincial / Centro de la UNED de Calatayud, 2002.

Mi relación con Santiago Hernández Ruiz no se reduce a trabajos que hice en el pasado. Desde hace veinticinco cursos doy clase en la antigua escuela de Magisterio de Huesca, en el mismo edificio en el que daba sus clases el profesor Ramón Acín. Todos los años les hablo a los estudiantes de Santiago Hernández Ruiz porque su vida y su obra me permiten abordar algunas cuestiones fundamentales. En primer lugar, Santiago Hernández es un buen representante de los maestros que durante el primer tercio del siglo XX conquistaron el reconocimiento de la sociedad en la que vivieron. En segundo lugar, la historia de Santiago Hernández me permite abordar la depuración de las ideas que sufrieron la educación y la cultura españolas durante la dictadura del general Franco. En tercer lugar, como Santiago Hernández Ruiz padeció un largo exilio en México, a partir de su experiencia en ese país puedo analizar el exilio pedagógico que se produjo tras la Guerra Civil y, en último lugar, la huella que dejó don Santiago en Paniza me permite recordarles a los estudiantes la importancia que los maestros tuvieron —y tienen— en la vida de muchos niños.

A continuación voy a resumir lo esencial de los motivos por los que los estudiantes que se forman para ser maestros en las aulas de la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de la Universidad de Zaragoza conocen a Santiago Hernández.

### *El prestigio del magisterio*

La vida y la obra de Santiago Hernández Ruiz me permiten sostener que, durante el primer tercio del siglo XX, en Aragón hubo maestros cultos que encontraron en la prensa profesional y en la prensa diaria, en las conferencias que pronunciaron y en los libros que escribieron un camino para proyectarse en la sociedad, para demostrar que tenían mucho que aportar a las comunidades en las que vivían y para conquistar, de esta manera, el prestigio personal y profesional que ni habían tenido en el siglo XIX ni tuvieron durante la dictadura del general Franco.

Fruto más de una inteligencia natural que de amplios estudios académicos, Santiago Hernández elaboró una teoría global de la educación y se posicionó intelectualmente, enfrentando sus experiencias con la información que obtenía en los libros. Este talante crítico, indagador y reflexivo lo conservó siempre. Por eso no es extraño que en un libro titulado *El maestro*, publicado en 1936, cuando Santiago Hernández se ocupó de las condiciones que debía reunir el maestro se situara lejos del discurso sobre las dotes innatas, la vocación, la llamada y «demás palabrería». Según Hernández Ruiz eran exigibles algunas cualidades a todo maestro: inteligencia, amor a la cultura, moralidad, tolerancia, paciencia... Reclamaba una formación más realista para los estudiantes de magisterio que, ni sabían lo que era el niño, ni la escuela, ni tenían ningún contacto con los problemas de su futura profesión. Defendía que sólo podían ser maestros quienes mostrasen interés e inquietud por las cosas que les rodeaban

Desde sus primeras colaboraciones en la prensa profesional del magisterio, Santiago Hernández dio muestras de su inquietud intelectual y de su talante reflexivo. Durante el primer tercio del siglo XX empezaban a extenderse en el desolador panorama educativo español, los postulados de la Escuela Nueva, un movimiento de renovación pedagógica que florecía en distintos países europeos. Los maestros españoles, quizá por la escasa formación que recibían desde la creación de las Escuelas Normales, eran poco propensos a disentir del discurso pedagógico que estuviera más de moda en cada momento. En este contexto, sorprenden las opiniones del maestro de un pequeño pueblo de la provincia de Zaragoza que desconfiaba de los resultados que ofrecían investigaciones procedentes de la psicología y que comenzaban a aplicarse a la pedagogía. Santiago Hernández publicó una interesante serie de artículos, titulados genéricamente «Sueños y realidades», en *El Magisterio de Aragón*, entre 1927 y 1928, en los que analizaba las aportaciones de la Escuela Nueva y otras cuestiones metodológicas y organizativas. Lo primero que nos sorprende es que conociera las teorías que se extendían por Europa impulsadas por médicos, psicólogos y pedagogos como Montessori, Dewey, Decroly, Cousinet, Claparède o Binet y Simon. Aún es más sorprendente que replicara los experimentos de estas personalidades con los niños de su escuela de Paniza y que luego publicara los resultados de sus investigaciones en la prensa profesional del magisterio señalando, casi siempre ingenuamente, los errores que esos reconocidos científicos habían cometido en sus experimentos. En el fondo, lo que Hernández Ruiz hacía era defender el juicio que los maestros se formaban de los escolares, sin tener que recurrir a las investigaciones de científicos y a las opiniones de personas ajenas a la escuela que no vivían diariamente la realidad del aula. Así, afirmaba que en el tiempo que había que invertir en estos experimentos, un maestro perspicaz podía llegar perfectamente al conocimiento de los escolares con la sola observación de su vida, ya que la observación de los niños en el medio real valía más que todos los experimentos de laboratorio.

Santiago Hernández no fue esclavo de modas pedagógicas. Antes bien defendió la independencia del maestro, la necesidad de darle la formación necesaria que le capacitara para analizar, con rigor e independencia, cada situación escolar y social concreta. Quizá por las mismas razones defendió la escuela unitaria bien organizada, como única alternativa posible considerando la dispersión de la población en aquella España rural y los recursos económicos disponibles. Dio una gran importancia a leer, escribir y contar, herramientas que les permitirían a los escolares apropiarse del mundo en el que vivían.

La modernidad de los planteamientos de Santiago Hernández podemos encontrarla en su compromiso con el progreso educativo de todos sus alumnos, a los que supo animar constantemente intentando inculcarles este optimista mensaje: «tú puedes hacerlo mejor».

Más allá de lo atinado de estos juicios concretos sobre la teoría pedagógica, merece la pena destacar la capacidad de indagación, de reflexión y el interés por verificar lo que se decía en libros y artículos científicos. Nos interesa destacar la valentía de un maestro que manifestaba su voluntad de tener ideas propias y de defenderlas.

### *La depuración*

El análisis la vida y de la obra de Santiago Hernández me permite concretar en mis clases lo que supuso la depuración de las ideas, la eliminación de algunas de las más valiosas teorías de la educación que se habían gestado durante cincuenta años gracias al trabajo de la Institución Libre de Enseñanza, que abrió sus puertas en Madrid en 1876, y el empeño del régimen de Franco por borrar de la historia los nombres de algunas personas para que se extendiera sobre ellas el manto del olvido.

Además de publicar muchos artículos en la prensa pedagógica, Santiago Hernández era un autor con una obra considerable. En 1928, con *Letras españolas*, una cuidada antología literaria, obtuvo el premio del concurso «Nacional de Literatura». Con la lectura de este libro, los escolares podrían familiarizarse con las obras de Gómez de la Serna, Azorín, Valle Inclán, Pereda, Ramón y Cajal, Castelar, Valera, etc. De cada uno de estos autores (sesenta y cinco en total) Santiago Hernández ofrecía unas breves notas biográficas y algunos comentarios generales sobre su obra.

Esta actividad literaria propició que Enrique González Villanueva, propietario de la librería La Educación de Zaragoza, le encargase tres libros de lecturas que Hernández Ruiz entregó a este editor con tres títulos: *Mis amigos y yo*; *Un año de mi vida* y *Curiosidades*. Los tres se publicaron mientras don Santiago fue maestro de Paniza. Al tratarse de un maestro comprometido con el proyecto educativo de la II República y

exiliado, tras la Guerra Civil, en sus obras, propiedad de la librería La Educación, no podía figurar su nombre, pero como nada había en ellas que no pudiera leerse, continuaron publicándose nuevas ediciones, pero cambiando el título y borrando el nombre de Santiago Hernández. Por esta razón, *Mis amigos y yo* pasó a titularse *Mis camaradas y yo*; *Un año de mi vida* siguió en los escaparates con el título de *Un año escolar y Curiosidades*, se tituló a partir de entonces *Conocimientos*. Los tres libros incluían, como todos los libros de lecturas escolares, capítulos añadidos referidos a la santa cruzada, al glorioso movimiento nacional, al día de la victoria y a Francisco Franco.

De tal manera se extendió el olvido sobre los perdedores de la Guerra Civil que a mediados de los años cincuenta, José Blat Gimeno, inspector central de enseñanza primaria, pronunció en Madrid una conferencia sobre el estado actual de la pedagogía y se refirió a Santiago Hernández como «un prometedor pedagogo mexicano». En el salón se encontraba Joaquín Hernández, el hermano mayor de don Santiago y, al finalizar el acto, se dirigió a Blat Gimeno para aclararle que aquel pedagogo mexicano era, en realidad, su hermano, nacido en Atea, formado en la Escuela Normal de Zaragoza, maestro de Paniza y de Madrid e inspector de educación en Teruel.

Santiago Hernández comenzó su destierro en enero de 1939, cuando cayó Barcelona, donde se encontraba desempeñando el cargo de secretario general del último Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de la II República. Cruzó la frontera francesa acompañando a los niños de una colonia escolar y, poco después, se embarcó junto a su familia —su mujer y los dos hijos del matrimonio, nacidos en Paniza— con destino a México, donde vivió cincuenta años, añorando la patria, aunque desde muy pronto sintió una enorme gratitud hacia México, el país que tan generosamente los había acogido. Con el paso del tiempo este maestro, como otros españoles, entendió que tenía dos patrias y que había tenido la suerte de vivir dos juventudes. Este sentimiento nació unido a la bonanza económica y a la envidiable situación profesional y personal que disfrutó. Para formarse un juicio cabal de cómo vivió Hernández Ruiz el exilio hay que imaginar lo que supuso dejar su patria, su trabajo, la familia y encontrarse a miles de kilómetros, sin otro bagaje que su inteligencia y su tesón. Si algo queda fuera de toda duda es que Santiago Hernández gozó de una plena felicidad en el terreno privado, a pesar de las grandes dificultades de la huida y del exilio.

Para entender cómo se organizaron aquellos exilados, hay que considerar la creación de dos organismos que nacieron para apoyar a los españoles que perdieron la guerra. En marzo de 1939 se constituyó el SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles) y, algunos meses más tarde, en julio de 1939, la Diputación de las Cortes Españolas, reunida en París, acordó crear la JARE (Junta de Ayuda a los Refugiados Españoles), en la que iba a gozar de gran poder de decisión el socialista Indalecio Prieto. El primer objetivo de ambas organizaciones, cuya convivencia no fue fácil por cuestiones

relacionadas con el reparto de presupuestos y la delimitación de competencias, fue sacar a los republicanos de España. México dio cobijo a buen número de maestros, profesores, intelectuales y técnicos para una economía en fase desarrollista.

Los refugiados españoles llegaron por oleadas. En primer lugar 500 niños, a los que el gobierno quiso evitar los sufrimientos de la guerra, desembarcaron en el puerto de Veracruz el 7 de junio de 1937. Fueron *los niños de Morelia* que salieron de España por iniciativa de un grupo de mujeres que habían creado el Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español, con sede en la capital mexicana. Más tarde, llegó un primer grupo de intelectuales. Para darles una mejor acogida se había fundado, el 20 de agosto de 1938, la Casa de España en México. El 25 de mayo de 1939 partió la primera gran expedición del puerto de Sète en Francia en el buque *Sinaia*, al que siguieron otros (*Mexique, Ipanema...*). Aunque es difícil establecer cifras concretas, algunos datos apuntan que entre 1939 y 1940 llegaron a México unos 10.000 españoles. La guerra europea trajo consigo importantes dificultades para los españoles refugiados en Francia. Algunos de ellos fueron detenidos y devueltos a España donde se enfrentaron a las cárceles franquistas y, en algunos casos, a un destino más trágico.

La JARE otorgó ayudas para impulsar iniciativas empresariales (metalurgia, carpintería, explotaciones agrícolas, laboratorios farmacéuticos, constructoras, etc.). Los republicanos españoles también fundaron en México sus propios colegios. El primero de ellos, El *Instituto Luis Vives*, se fundó en agosto de 1939, apenas unos meses después de terminada la guerra civil. A finales de ese mismo año abrió sus puertas el *Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón* que, contra todo pronóstico, se iba a convertir en la «oveja negra de los colegios del exilio». No contaba con ninguna subvención de organizaciones oficiales, pero personalidades mexicanas —como el propio Lázaro Cárdenas— colaboraron económicamente. Componían el claustro un magnífico grupo de profesionales: José Giral, José Luis de Loma, Pedro Carrasco, Enrique Rioja, Santiago Hernández, Concepción Tarazaga... El colegio empezó a impartir clases en febrero de 1940. Incluía en su oferta educativa jardín de infancia, primaria, secundaria, preparatoria y enseñanzas especiales de educación física, música, estudios jurídicos y mercantiles. Pronto alcanzó varios centenares de matrícula. A pesar de eso, en 1942, cerró sus puertas definitivamente.

Suerte bien distinta ha merecido el *Colegio Madrid* que comenzó las clases en junio de 1941 con 440 alumnos, todos ellos hijos de españoles. Fue nombrado director del centro Jesús Revaque. En esta primera época Santiago Hernández formaba parte del claustro. Durante los primeros años de funcionamiento en el *Colegio Madrid* podía cursarse la enseñanza primaria y el jardín de infancia. Se recogieron en este centro dos grandes influencias que en España fueron largamente silenciadas: la institucionista y las aportaciones de la Escuela Nueva que se traducirían en la práctica en excursiones,

enseñanza al aire libre, clases especiales de carpintería, encuadernación, labores femeninas, agricultura, etc.). Santiago Hernández trabajó hasta 1947 en el *Colegio Madrid*. Aquel mismo año fue nombrado supervisor de Educación Normal e inspector de Normales, al tiempo que profesaba en la cátedra de Historia en la Escuela Nacional de Maestros, integrándose plenamente, de esta manera, en el sistema educativo mexicano.

#### El Proyecto Principal nº 1 de la Unesco

Santiago Hernández fue nombrado experto itinerante del Proyecto, una forma de denominar la inspección del Proyecto Principal nº 1 de la UNESCO. Allí trabajó durante diez años (1957-1966).

Los trabajos que se desarrollaron en el seno de este Proyecto se dirigían a mejorar las condiciones de escolarización de los niños en Latinoamérica. Santiago Hernández trabajó en formación del profesorado, de inspectores, supervisores y planificadores, etc. En su ánimo estuvo siempre el convencimiento de que cabía organizar las escuelas unitarias de forma que se cosecharan importantes resultados. Para ello no tuvo inconveniente en trabajar directamente en las escuelas rurales que visitaban, para demostrar cómo organizar una escuela con un único maestro.

Una vez concluido el Proyecto, Santiago Hernández volvió a México donde ocupó, desde 1967, las cátedras de Didáctica Superior y Técnica de la Dirección y Supervisión de Escuelas; Metodología de la Enseñanza Superior y Programas de Enseñanza en la Universidad Nacional Autónoma, hasta su jubilación. A partir de este momento, sus estancias en España fueron más prolongadas.

#### *Los de don Santiago*

En enero de 1993 viajé por primera vez a Paniza. Quería saber si alguien recordaba en el pueblo que allí hubo un maestro desde mediados de los años veinte hasta el año 1930 que se llamaba Santiago Hernández Ruiz. Nada más llegar, despejé mis dudas: aparqué el coche en la calle Santiago Hernández Ruiz. Enseguida comprobé que las escuelas también llevaban el nombre de este maestro y cuando le pregunté a la primera persona que se cruzó en mi camino, enseguida me llevó a la tienda de José Berrué, uno de los alumnos de don Santiago. Berrué organizó una reunión con otros compañeros de escuela. Fue un encuentro emocionante de principio a fin. Me contaron algunas cosas de su maestro, me prestaron un ejemplar de *Un año de mi vida*, el libro de lecturas protagonizado por ellos mismos: «Yo soy Avendaño» —me decía José Berrué—, «Nosotros somos los tres amigos...» y, lo más importante, me confesaron que ellos eran «los de don Santiago». Así habían llamado en el pueblo a la generación de hombres que siendo niños asistieron a la escuela de Hernández Ruiz: los de don Santiago. Ellos construyeron las nuevas escuelas, pusieron en marcha la cooperativa, fueron alcaldes,



abrieron la biblioteca y «todo, todo lo que hemos sido —repetían vehementemente—, se lo debemos a don Santiago».

El recuerdo de Paniza acompañó a Santiago Hernández durante toda su vida. En los libros que publicó durante su exilio en México, debajo de su nombre siempre añadía «exmaestro de las escuelas de Paniza». Cuando conocí a estos antiguos alumnos de don Santiago se habían pasado más de sesenta años desde que este maestro dejó la escuela de Paniza. Sin embargo, el cariño y el respeto por él seguían intactos. La huella que Santiago Hernández dejó en el pueblo fue tan profunda que dio nombre a toda una generación.

En este tiempo que vivimos, en el que tantas veces es complicado distinguir lo valioso de lo que no lo es, el ejemplo de Santiago Hernández Ruiz puede ser un referente para maestros, profesores y jóvenes que aspiran a ejercer un día el magisterio. Su manera de entender el conocimiento, la teoría y el espíritu crítico que siempre lo acompañó son ahora más necesarios que nunca en la escuela y en la sociedad.